

EN EL CAJON DEL OLVIDO

A mis abuelos José y María y a mi madre,
que tuvieron que huir del mayor horror que vieron sus ojos.

1

Un coro de mugidos, relinchos y rebuznos se adentró al trote en las calles de Málaga. La manada venía de los montes de levante envuelta en una nube de polvo que les otorgaba un aire irreal, como de aparecidos. Los arrieros se esforzaban por conducir los animales a golpe de fusta, pero sus gritos a duras penas conseguían su propósito. El alboroto suscitó el repentino interés de la muchedumbre, que se fue agolpando junto a los bordes del camino, dispuesta a olvidar por un momento sus penas y contemplar el curioso espectáculo. El avance enemigo de las últimas semanas había desbordado la capital con una multitud de refugiados procedentes de toda la provincia. Llegaron cargados con enormes bultos de ropa, sartenes y colchones; sin otro deseo que salvar sus vidas y encontrar refugio en una ciudad que se había acostumbrado al ruido de los bombardeos, a la agitación de los frentes cada vez más cercanos y amenazantes.

La aparición del rebaño era una buena noticia, la única en muchos días, quizá la última. El centenar largo de caballos, mulos, cabras y vacas se confundían en una masa de patas y cabezas en movimiento. José cabalgaba a lomos de su yegua y veía las caras famélicas de los que habían acudido a causa del estruendo. Después de varios días de requisa por los montes, recibieron la orden de conducir las bestias a Málaga. Los continuos rumores presagiaban un movimiento de tropas, el ataque que podía ser definitivo. Por eso, en mitad del griterío, del sudor, de la arena que levantaban las pezuñas de los animales, lo único que deseaba era entregarlos cuanto antes para marcharse a Jayena, donde le esperaban su mujer y su hija.

Las villas señoriales bordeaban la avenida por la que se dirigían hacia el centro. A pesar de los nubarrones que amenazaban el mediodía, el buen tiempo de las últimas semanas había anticipado la primavera. Las glicinias y las buganvillas florecían en las pérgolas y ocultaban, a primera vista, los efectos devastadores de la guerra. Sus dueños las abandonaron de forma precipitada durante los primeros días de locura que siguieron al golpe de estado. Los geranios y las adelfas habían renacido sin cuidados en los jardines, pero el esplendor de las fachadas y los setos escondía la miseria que malvivía tras las paredes. Requisadas desde hacía meses por los sindicatos, albergaban a una multitud hambrienta que ocupaba los salones vacíos y pasaba las noches en los pasillos sucios y en los dormitorios sin cortinas.

Les costó menos de una hora alcanzar los corrales. Estaban vacíos, junto al muelle, no muy lejos de la desembocadura del río. En cambio, los trámites posteriores se dilataron en una burocracia absurda. Con el enemigo a las puertas, los milicianos que debían sellarle los recibos se perdieron en una larga discusión sobre competencias, propiedad e intereses estratégicos. No se ponían de

acuerdo sobre quién debía gestionar el ganado que había aparecido cuando ya nadie lo esperaba. Como carecían de una autoridad clara, se habían acostumbrado a que las disputas se resolvieran por la ley del más fuerte, pero, en ese momento, la situación era confusa: esa misma mañana había llegado el coronel Villaba para ponerse al frente de la defensa. Así, mientras todos esperaban acontecimientos, cada uno hacía la guerra por su lado. En una cosa sí se ponían de acuerdo:

–Han mandado al único inútil que no podía negarse a aceptar el puesto.

Las primeras sombras del anochecer tomaban la alameda cuando José pudo por fin marcharse con el documento firmado en un bolsillo y los dos caballos con los que tenía pensado regresar a por su mujer y su hija. Tuvo que poner una pistola sobre la mesa para despejar las últimas dudas del miliciano. Dejó atrás el Mercado Central y caminó a paso rápido hacia el centro. La ciudad estaba gobernada por el caos. Los últimos extranjeros la habían abandonado sólo unos días antes. Sus embajadas se habían encargado de ponerlos a salvo del desastre. Los titulares de los periódicos arrugados que corrían de mano en mano trataban de esconder la realidad con llamadas a las armas: "Hoy, más que nunca, Málaga debe situarse al frente de la defensa de la Libertad. ¡Debemos unirnos para aplastar al fascismo!", pero el miedo en los ojos de los refugiados propagaba la verdad con mayor velocidad: las tropas enemigas habían comenzado su avance final desde el oeste a lo largo de la costa. Marbella había caído y se esperaba un ataque inminente.

El rastro de la destrucción estaba presente en los muros destrozados, en las habitaciones que desnudaban su intimidad a la vista de todos. Los cuadros y las fotografías permanecían colgados en las paredes, se habían convertido en recuerdos inhóspitos, contaban la vida de los que habían muerto, de los supervivientes que ya no podían reclamar el hogar desaparecido para siempre. Los tranvías habían dejado de funcionar y las tiendas estaban cerradas, con los escaparates vacíos y los cristales rotos. El pan se había acabado el día anterior y ya no era posible encontrar patatas ni huevos. La mayoría de los malagueños sobrevivía a base del pescado que capturaban las barcas en las playas. El tabaco era un bien muy escaso, pero en cambio abundaba el aguardiente y muchos de los soldados que habían regresado sin armas del frente deambulaban ebrios por las calles, como si fueran fantasmas que ya penaban la derrota.

Cuando llegó cansado a casa de su tía dispuesto a dormir un rato y dar de comer a los caballos, la mujer le contó los rumores que volaban de boca en boca. Los últimos aviones habían caído esa misma tarde, dejando el cielo a merced del enemigo. Los barcos se acercaban cada mañana a la costa para iniciar el cañoneo provocando que los vecinos del centro huyeran.

La llegada de la noche convertía la ciudad en un reino de sombras donde todas las farolas permanecían apagadas. La negrura era absoluta, difuminaba las siluetas de los edificios y los solares yermos. Sólo las luces de los reflectores del puerto iluminaban el cielo, escudriñando el peligro siempre constante de la aviación. A medianoche empezó a lloviznar.

A la vuelta de una curva, José quedó sorprendido por el paisaje que se desplegaba ante sus ojos. El cielo negro de tormenta empezaba a descargar su castigo sobre el Boquete de Zafarraya. La carretera descendía durante varios kilómetros cubierta por un tropel difuso de personas, animales y un acopio de pertrechos que la ocupaban por completo. La catarata de rostros desencajados por el miedo se precipitaba desde lo alto del puerto, como si los dos gigantescos peñascos que bordeaban el paso se abrieran a la misma boca del infierno y, de un momento a otro, fueran a aparecer por allí todos los demonios de la guerra. Él era el único que trataba de alcanzarlo con el frío del atardecer. En dirección contraria huía una multitud que escapaba despavorida hacia la costa.

Unas horas antes la carretera giró a la izquierda, abandonando la cercanía del mar y empinándose cada vez más hacia las montañas. Fue entonces cuando empezó a darse cuenta de la magnitud de la desgracia. Los que tuvieron la suerte de subir a un vehículo estarían ya muy lejos, camino de Almería. Muy pocos se dirigieron a Málaga. Él apenas se había cruzado con un par de automóviles que pasaron a gran velocidad. Sobre la carrocería negra habían marcado a mano, con pintura blanca, la hoz y el martillo y unas siglas medio tapadas por el barro. Aunque se desconocía el alcance de la ofensiva, era evidente que la ciudad era el objetivo final. El general Queipo llevaba semanas anunciando por la radio el apocalipsis que les esperaba a los malagueños. Había prometido que sus tropas entrarían a sangre y fuego.

En la carretera que subía hacia Zafarraya ya se había desatado el pánico. Primero encontró la avanzadilla de los que huían a caballo, a lomos de mulas o de cualquier animal. Luego apareció la larga fila de los que bajaban caminando. A los más fuertes les siguió un gentío cada vez más numeroso que ocupaba todo el ancho de la calzada. Familias enteras andaban en silencio, un silencio espantoso, roto tan sólo por el llanto de algún niño.

José se vio obligado a apretar las riendas con fuerza en varias ocasiones y dejar el arma bien a la vista. Por nada del mundo iba a permitir que le quitaran los caballos y quedarse así sin la única posibilidad de alcanzar Jayena. Él también tenía una mujer y una niña que salvar.

A la altura del puerto, cuando comenzaba la inmensa llanura de huertas, se detuvo a hablar con unos anarquistas que estaban apostados junto a dos nidos de ametralladoras. Parapetados tras un semicírculo de sacos terreros, esperaban nerviosos el avance enemigo que alcanzaría sus posiciones en los próximos días, quizás sólo era ya cuestión de horas. Poco podrían hacer por detenerles. La munición escaseaba tanto como las órdenes claras y no tenían noticias de sus mandos. El valor no sería suficiente para evitar que las primeras avanzadas de las tropas italianas cruzaran el paso y tuvieran vía libre hasta la playa. Dos milicianos, que portaban la gorra rojinegra de la Federación Anarquista Ibérica, le explicaron las noticias confusas que habían ido oyendo.

Al parecer, Alhama estaba a punto de caer, sino lo había hecho ya. De Jayena no sabían nada. El enemigo partió días antes de la capital granadina y, desde que consiguieron sobrepasar las escasas defensas que encontraron en la línea de frente, entraba en las calles vacías de los pueblos, sin apenas resistencia. A partir de aquel punto sólo encontraría unos pocos soldados en desbandada, impotentes para resistir la ofensiva que los nacionales llevaban semanas planificando y mujeres que andaban tan rápido como podían, aterrorizadas por los desmanes que se contaban de las tropas moras. El rumor que les precedía era escalofriante. Hasta ellas habían llegado las noticias de las violaciones, los abusos, los asesinatos que cometían con toda impunidad y el beneplácito de los mandos. La línea del frente era ahora una mancha difusa, la geografía imprecisa, delimitada por el miedo, que no cabe en los mapas.

—Yo de ti, me daba la vuelta ahora que todavía estás a tiempo —le advirtió uno de los milicianos con un cigarrillo en la boca.

—Lo único que vas a encontrarte es a las avanzadas italianas y, por lo que cuentan, vienen con divisiones motorizadas, con equipos y armamento nunca vistos —aseveró su compañero.

—No sé qué buscas en Jayena, pero a estas alturas, lo más probable es que sólo encuentres fascistas —insistió el primero— Si yo pudiera tomaba esa carretera y salía pitando de aquí, pero nos han ordenado que les aguantemos cueste lo que cueste.

A pesar de las palabras de los milicianos, José decidió continuar adelante. Esperaba alcanzar el desvío que llevaba a la Venta Rodríguez y, desde allí, internarse por senderos que bordeaban las montañas, en los que no encontraría a nadie que retuviera su marcha. Confiaba en su conocimiento del terreno. Se había pasado semanas en esos parajes requisando caballos y ganado disperso para el ejército republicano. Por esa ruta, a través de campos yermos, podría alcanzar Jayena. Todavía estaba a tiempo de encontrarlas, de huir con ellas.

Había recorrido apenas unos pocos kilómetros cuando, de repente, los vio. Aquellas unidades venían a luchar a una guerra que no era suya. Acababan de llegar, con los pertrechos intactos, su instrumental de combate, los carros blindados con esas siglas pintadas, C.T.V, Corpo Truppe Volontarie, Entonces fue cuando lo percibió: el primer fogonazo escarlata. Luego vinieron más disparos. Azuzó a los caballos hasta las primeras estibaciones de la sierra, pero no pudo llegar muy lejos. Primero lo sintió en sus relinchos, luego en la sangre caliente que le bajaba por la pierna. La yegua parda se cayó malherida. El caballo de la crin negra tampoco iba a aguantar demasiado. La fuerza se le iba a borbotones. En esas condiciones no podría ir muy lejos. Suerte que era un solo hombre, un objetivo muy pequeño para una columna que avanzaba con prisa en busca de la gloria. El animal encabritado galopó mientras pudo. Era imposible gobernarlo. Corría y corría monte arriba. José no podía hacer otra cosa que escapar lo más lejos posible y, sin darse cuenta, se iba adentrando en territorio que ya controlaba el enemigo.

Al rato encontró los primeros cadáveres agrupados en un amasijo de sangre. La vanguardia motorizada italiana los debió pillar en plena fuga. Por primera vez veía de cerca la cara de la guerra, una cara desdentada y cruel, el gesto forzado de una juventud rota. Siguió avanzando hasta que un rato más tarde decidió sacrificar al caballo para que no siguiera sufriendo. La tormenta arreciaba y el frío de la noche venía de camino. Con ella también llegaban los ruidos, primero lejanos, luego cada vez más próximos. No podía pensar. No sabía hacia dónde huir. Sus manos se llenaron de un olor espeso que iba a durarle varios días. Como si fuera otro el que lo hiciera, sus dedos recorrieron el cuerpo de su montura y le cubrieron las mejillas y las ropas de un rojo oscuro. Cubierto de una sangre que no era suya, regresó sobre sus pasos hasta encontrar al pelotón de republicanos muertos y se tumbó entre ellos a esperar al enemigo con la esperanza de que, con la oscuridad de la noche, no repararan en él.

Intentó confundirse en la extraña amalgama de la muerte, que enreda brazos y piernas, con olor a heces y a sangre que aún no estaba seca. El miedo le hizo creer incluso que estaba más muerto que vivo, pero en ese momento, más que en ningún otro que pudiera recordar, cuando vio la expresión de la muerte en las muecas imposibles de los cadáveres, se prometió que iba a hacer todo lo posible por continuar en el mundo de los vivos.

Los legionarios no tardaron demasiado. No estaban dispuestos a perder su parte del botín. Avanzaban a paso ligero.

— ¡Malditos italianos! Estos cabrones se quieren llevar toda la gloria. Llegan los últimos y quieren ser los primeros en entrar en Málaga.

Vio cómo uno de ellos se acercaba. Se quedó inmóvil, recogido sobre sí mismo. Su cuerpo le resultó muy pesado, tanto como las cabezas, los hombros, los pies entre los que trataba de esconderse. En ese momento se acordó de la lluvia que no había dejado de caer y notó cómo las gotas de agua resbalaban por la piel de su cara borrando la sangre, el pelo desordenado entre el barro, la humedad de los pantalones sucios, el olor de los cuerpos mojados.

— ¡Sigamos avanzando! ¡No pierdas ni un minuto con éstos! Ya recibieron lo suyo.

El que ha mirado la cara de la muerte empieza a conocer qué significa la victoria. José descubrió allí, tumbado entre otros hombres muertos, lo dura que podría llegar a ser la derrota.

Fue el conocimiento del terreno lo que salvó a José. Durante dos días la lluvia cayó sin tregua. Había momentos en los que arreciaba y el ruido del agua era constante, un rumor de diluvio que horadaba los caminos de surcos caprichosos, de torrenteras que bajaban de las montañas con la misma furia que traía el Ejército enemigo. Al menos detuvo su ofensiva.

En cuanto pudo cruzó la Sierra de Almijara por senderos embarrados, dejó atrás el caos que se había apoderado de Vélez y alcanzó la carretera que serpenteaba a lo largo de la costa. Una sucesión de curvas muy cerradas la adentraba entre las colinas de roca gris y la devolvía junto al mar apenas unos metros más adelante, donde los acantilados descendían de forma brusca hacia la espuma de las olas. A la derecha se abría la inmensidad de las aguas y a la izquierda las laderas eran un enorme secarral donde sólo crecían las pitas y las chumberas. Ya no quedaba rastro de la caña dulce que apaciguó el hambre en las primeras horas, la multitud la devoró como una plaga de langostas. No tuvieron otra cosa que llevarse a la boca y el sabor dulzón, fibroso, les acompañó durante todo el recorrido. Las hojas secas y las fibras mordidas quedaron por el suelo, se convirtieron en la alfombra del hambre que fueron pisando miles de pies.

Cada cierto tiempo un puente estrechaba el paso, entonces los grupos se hacían más compactos y la pena se apretujaba entre las barandas. Desde allí el mar se divisaba tranquilo, calmado tras varios días de lluvia. La brisa comenzaba a desdibujar los jirones de una fina niebla que había dejado el levante y a lo lejos podían verse las siluetas difusas de los cruceros enemigos que los acompañaban en la huida como una presencia inquietante.

Con el paso de las horas, el avance se hizo más penoso, apareció el cansancio y el camino se fue llenando de enseres que habían perdido ya toda utilidad. Sobre el pavimento quedó un rosario de colchones, sillas, maletas, sartenes, pucheros, bultos de ropa, incluso una gramola silenciada para siempre. Parecían los restos de un naufragio, el tesoro abandonado de los más pobres. Trataron de ponerlo a salvo hasta que se dieron cuenta del peligro que corrían sus vidas. La impedimenta les retrasó el paso hasta que les alcanzaron los rumores: las tropas enemigas, cada vez más cercanas, avanzaban con prisa. Aterrorizados, comenzaron a desprenderse de las pertenencias según una extraña jerarquía, un orden difícil de entender que hizo aparecer los objetos más insospechados.

Con la oscuridad de la noche regresó el miedo. Las familias continuaron caminando y se disgregaron en mitad de una negrura espesa. El silencio duró apenas un instante y el aire se convirtió en un lamento de nombres.

— ¡Juanito, Carmen, Fali, Ana, Pedro! — las madres llamaban a sus hijos, les ataban para no perderlos, como si se tratase de un cordón umbilical — ¡Venid aquí y no os alejéis!

Pero fue inevitable, las familias comenzaron a disgregarse y un montón de niños perdidos comenzaron a caminar solos. A los gritos le siguió el llanto, un eco permanente que duró hasta bien entrada la madrugada cuando, hambrientos y exhaustos, la mayor parte de los fugitivos ya no aguantó más y decidió dormir, aunque sólo fuera un rato. La soledad se agrandó en compañía de miles de desconocidos que compartían el mismo miedo y el futuro adquirió una extraña apariencia de zozobra. José decidió levantarse y seguir caminando antes de que llegara la primera claridad del alba. Una luz violeta rompía el horizonte.

El día amaneció limpio de nubes y el calor suave avivó un poco los ánimos, pero, en cuanto el sol comenzó a apretar, los buques giraron de forma inesperada y se enfilaron a toda máquina hacia la multitud que se desparramaba junto a la orilla. Al principio nadie pareció notar el cambio de rumbo, todos tenían la vista puesta en el camino, pero, conforme se fueron acercando y su presencia se hizo más y más grande, creció el nerviosismo.

–Esos barcos me dan miedo –le susurró a su madre una jovencita de apenas unos quince años.

–No te preocupes hija, aquí sólo quedamos viejos, mujeres y niños. Casi todos los soldados ya pasaron.

El presagio no tardó en hacerse realidad, aunque no dispararon el primer obús hasta que estuvieron muy cerca. José vio cómo el fogonazo salió por la boca del cañón. Pasó por encima de los que le precedían, unas décimas antes de que una lluvia de piedras y arena cayera sobre ellos. Los artilleros no habían fallado el tiro, sabían que así iban a provocar más daño. Las rocas quedaron en mitad del asfalto y lo convirtieron en una ratonera. Entonces el tiempo se ralentizó hasta casi detenerse. Las madres corrían despavoridas con sus hijos en brazos. La mayoría abandonó los últimos pertrechos y trató de encontrar refugio detrás de una curva, pero los más viejos, los más débiles quedaron abandonados a la suerte de los obuses que continuaban impactando en la colina. José se alejó del mar que traía la muerte. En sus oídos se mezclaban los lloros de los pequeños, los gritos de los heridos, el estruendo que provocaban los enormes pedruscos al caer.

El paisaje se convirtió en una deriva de ojos sin mirada, un ir y venir de piernas que buscaban un lugar donde ponerse a salvo. Las embarcaciones estaban ya tan cerca que podía ver las caras de los marineros que se movían por la cubierta y saltaban de alegría cada vez que acertaban un objetivo. Una vieja camioneta quedó aplastada por el alud sin que ninguno de sus ocupantes tuviera tiempo para dispersarse por las zanjas cercanas. Un mulo asustado estalló por los aires convertido en un amasijo de vísceras. Durante varios minutos las explosiones reverberaron en un eco continuo, ensordecedor, que se esparcía entre los barrancos. Era el sonido del infierno. La distancia entre la vida y la muerte dependía de unos segundos, de unos metros; los que elegía el azar para caer con todo su ímpetu. La muerte barrió el aire con un fragor ronco acompañado por la intermitencia de los resplandores. El zumbido de los proyectiles resonaba por todas partes. Las

siluetas caían, quedaban tendidas sobre el asfalto. La tierra sacudida granizaba sobre los cuerpos ya inmóviles mientras la angustia estallaba como un caballo desbocado hacia el abismo. Los cañones continuaron tronando durante un tiempo interminable y el fuego graneado no cesó de buscar su presa.

José se transformó un ovillo escondido y fue arrastrándose con la boca pegada al suelo durante un tiempo imposible de contar. Tenía el sabor seco de la tierra en el paladar cuando por fin pudo levantarse.

Los barcos se marcharon dejando un paisaje desolador. La carretera estaba repleta de rocas, de cadáveres destrozados, de personas malheridas. Junto a él encontró un carrito volcado, sólo le quedaba una rueda que seguía girando sin parar. Del interior asomaba la manita de un niño. Luego la rueda por fin se detuvo. Más allá una mujer reía histérica mientras mostraba el cuerpo inmóvil de su hija. Un carabinero se lanzó por el acantilado cuando descubrió a su esposa muerta. Un chiquillo corría como loco, gritaba buscando a su abuelo. Los ruidos habían cesado, pero no regresó el silencio. Lo impedían los gemidos de los que pedían ayuda, las lamentaciones de los que habían perdido a sus familiares.

El mundo se redujo a un universo muy pequeño de cosas precarias. Todo podía desaparecer en un momento, nada era seguro. Un trozo de pan, un breve instante de calma, un rayo de sol, un trago de agua fresca, se convirtieron en grandes tesoros que bastaban para certificar que la vida continuaba, un lujo fuera del alcance de los que quedaron sobre la calzada. Pero ni siquiera había tiempo para llorar a los caídos. Los que podían andar se levantaron despacio y siguieron avanzando.